

la hija de madame D. La muchacha se ha casado hace dos meses. Es deliciosa. Le hago una serie de preguntas que yo misma considero indiscretas y hasta crueles.

—¿Qué errores ha observado en la conducta de sus padres? ¿Piensa evitárselos a sus hijos, cuando los tenga?

Me responde sinceramente:

—Admiro mucho a mi madre. Ha tenido mala suerte y no lo merecía... Para nosotros no ha podido ser mejor... Es buena, valiente, generosa...

Insisto:

—Si supiera que su marido la engaña, ¿cómo reaccionaría?

—No trataría de vengarme haciendo lo mismo. Me parece una bajeza imperdonable; pero no permitiría que mi matrimonio se destruyera por una de esas aventuras en que suelen caer los hombres... En cambio lo haría por una razón seria: por ejemplo, que dejáramos de querernos.

Son cosas que se dicen, que todas decimos; cuando la ocasión llega, sin embargo, pocas actúan como pensaban. Pero me parece ver a Monique. Si su marido cometiese una torpeza, lo horraría de su vida como se quita una mosca del vaso de leche.

Las hijas, en consecuencia, piensan igual que sus madres. No hay diferencia de reacción entre las dos generaciones.

Me preguntaba si los hijos sufren a consecuencia de la conducta de sus padres. A juzgar por los casos que conozco, me inclino a creer que no. Me parece que estos jóvenes aceptan las situaciones, que, por otra parte, comprenden muy bien. No tienen complejos. Los complejos nacen cuando no se logra aceptar la realidad de la vida con sus aspectos buenos y malos.

Cuento mis impresiones a Marcelle Auclair, escritora y periodista de gran renombre, pero ella no las comparte. Si, los jóvenes comprenden; tienen el culto de la libertad, y la libertad se acaba cuando se acepta el principio de una limitación de los derechos individuales, lo mismo si son propios que ajenos. Pero... ¿me he fijado bien en los jóvenes? Esa necesidad que experimentan de reunirse, ¿no es la denuncia explícita de una soledad que tratan de olvidar? Además, se casan muy pronto; se dan prisa en reconstruir la familia que han perdido...

—¿Y después? —pregunto.

—Luego hacen lo que han visto hacer a sus padres. Si el matrimonio no marcha bien, se divorcian.

—¿Cuál es el porcentaje de divorcios?

—Uno sobre diez. Bastante elevado para un país de mayoría católica. Y serían más, si muchas mujeres no temieran las dificultades materiales de la vida para afrontarlas solas. Naturalmente, muchos matrimonios se resisten a divorciar por causa de los hijos. Pero si un matrimonio sobrevive, continúa toda la vida.

Un joven decorador me invita a almorzar.

—Quiero que conozca a mi mujer —me dice.

Le hago algunas preguntas. Me interesa saber cómo piensan los jóvenes franceses acerca del matrimonio. Y me quedo asombrada cuando mi amigo, que tiene veintiséis años, me dice que su mujer ha cumplido ya los cuarenta.

—No se ama a una mujer sólo por su aspecto físico —explica—. Tienen más importancia la inteligencia, la gracia, el «esprit»... Y esto no se pierde con los años...

La mujer francesa conoce muy bien la importancia de su personalidad. Françoise Giroud, otra escritora y periodista célebre, me dice:

—En Francia, la mujer aspira a bastarse a sí misma. En este sentido se parece más a la americana que a la de otros países latinos... Toma parte en la vida y pretende tener un papel primordial. Desea que el hombre sea superior a ella, pero no lo ve así si no lo es real-

mente. La consecuencia es que el hombre no consigue imponerse por el simple hecho de ser un hombre. La mujer quiere que el marido la estime por sí misma.

Esta exigencia fundamental de las francesas, de ser valoradas por lo que son y no por lo que puedan parecer, explica un hecho para mí incomprensible: las francesas se visten mal. A pesar de que las tiendas ofrecen modelos de un gusto perfecto a precios abordables y de que, a veces, se encuentra una mujer elegantísima, la masa da la impresión de vestirse con ropas antiguas o mal confeccionadas.

Las causas son dos: primera, falta el dinero para gastos superfluos y la mujer francesa, por naturaleza ahorrativa y previsora, no quiere endeudarse. Segunda, la elegancia no condiciona el interés de un hombre. El mismo hombre francés es más bien indiferente a su aspecto exterior. Nadie, hombre o mujer, tiene el complejo del vestido. Y la consecuencia es clara: abolidas las competiciones de elegancia, una mujer vale por lo que es. Son su inteligencia y su espíritu los que cuentan.

Si la elegancia material es cara y pocas pueden permitírsela, existe una elegancia moral, íntima, que muchas poseen. Este es el corolario de la importancia que la francesa se atribuye a sí misma. Los mohines, las pinturas, las actitudes, en una palabra, todo el armamento habitual que las mujeres usan para llamar la atención, están excluidos del estilo de muchas chicas que son simpáticas y sonrientes, aunque un poco impersonales. Si una muchacha se sienta sola a leer en la terraza de uno de los innumerables cafés frecuentados por estudiantes, quiere decir que quiere estar sola y que quiere leer. Y nadie la molesta, naturalmente. Con el muchacho que ama o al que quiere conquistar, es extraordinariamente coqueta. Un arte lleno de matices en el que se han hecho famosas con fundamento.

La necesidad de ser independientes se manifiesta en ellas antes de pensar en el amor. André Maurois me habla de su secretaria: «Guapa, rica, perteneciente a una aristocrática familia. Podría viajar, tratar gentes divertidas, pavonearse en la Costa Azul... En cambio, trabaja ocho horas diarias y a veces más, como una empleada. Dice que así lo pasa mejor... Es el espíritu de independencia de la mujer francesa, su insagotable curiosidad. No sé si este espíritu será útil para la unidad de la familia; pero es así.»

La conciencia de sí mismas como personas capaces de razonar, unida a un agudo sentido de su feminidad y al deseo de la felicidad, son las constantes que regulan la existencia de la mujer francesa, desde la adolescencia hasta la vejez, sin diferencia de clases. Ahora nos preguntamos: ¿Consiguen ser felices?

Sí, en relación directa a la confianza que tienen en la posibilidad de ser felices. «Lo que no tengo hoy podré tenerlo mañana», es su secreta esperanza. Una esperanza que juega, evidentemente, con dos elementos fundamentales: el rechazo del sacrificio inútil y la libertad de empezar desde el principio en cualquier momento. Como es natural, la realización de los propios deseos, en determinadas circunstancias, crea problemas difíciles y, a menudo, dolorosos. Pero éste es el precio que se debe pagar. Françoise Giroud me decía: «Las mujeres que viven dependiendo por completo de un hombre tienen menos problemas que nosotros. Son más felices...»

Un juicio un poco precipitado. Porque si el bastarse a sí misma supone muchos inconvenientes, también los encuentran las mujeres ligadas por demasiados prejuicios, obstaculizadas en la distancia que va de su condición a sus aspiraciones. No hay felicidad donde no hay libertad y no hay libertad donde no existe una conciencia clara de los propios deberes y derechos.

ENRICA CANTANI

## LA ESPOSA SOLA EN AGOSTO

### DÍA 3

Estoy tristísima. ¡Pepe tenía una cara de pena cuando nos dijo adiós en la estación! Lo tengo decidido. El año próximo no salgo de vacaciones sin él. Los niños pueden refrescarse en la piscina y el aire de Madrid es tan bueno como cualquier otro. Además, no creo que convenga dejar al marido solo durante un mes. El mundo está lleno de peligros y con el aumento de turismo en España las honestas esposas vivimos en un ay. Como las extranjeras son capaces hasta de ponerse un monobikini... Lo dicho. Es el último año que veraneo sola.

### DÍA 4

Para poder meterme el bañador tuve que ponerle talco. Y eso que lo compré el año pasado. Pero no pienso agrandarlo. Bajaré de peso aunque tenga que pasarme el verano sin comer. Y yo me pregunto, ¿cómo puede ser que el primer día que una llega a la playa se encuentre a las demás mujeres bronceadas como si llevaran allí toda la vida? ¿Es que ni una sola acaba de llegar? Hoy mismo empiezo a tomar el sol para ponerme bien morena. Con los trajes de verano, claritos, hace preciosos.

### DÍA 10

Hoy he podido volver a la playa. Pero el médico me ha dicho que me esté siempre debajo de la sombrilla. Según parece, no había visto ampollas como las mías en todo el tiempo que lleva en ejercicio. ¡Tendré mala suerte! Me consuela pensar que el sol marca las arrugas y que yo volveré a Madrid blanca, pero estirada.

### DÍA 11

Me acuerdo mucho de Pepe. Quisiera saber qué hace, si no come gambas, que le dan urticaria, y si no se irá de juerga con Alberto, ese amigote que sólo piensa en bebidas y en faldas. Pero no sé nada porque no me ha escrito en toda la semana, el muy canalla. Lo que es yo, no pienso mandar una sola carta en lo que queda de veraneo, para que aprenda. Hoy ha llegado a la pensión un grupo de muchachas extranjeras y voy a aprovechar para observarlas. Seguro que mañana aparecen en la playa Dios sabe con qué trajes escandalosos. Menos mal que una ha sido educada en Castilla y los malos ejemplos no la afectan.

### DÍA 12

No. Iban con bañadores normales y una hasta hacia punto. Otra me preguntó, muy interesada, de qué época es el castillo que se ve desde el pueblo. Por cierto que no supe decirlo. Esta misma tarde me estudio el folleto de turismo de la región para darle todos los datos. Que no se diga que los del país no sabemos lo que hay en casa.

### DÍA 13

Sigo sin carta de Pepe. ¡Será malvado...! Lo único que me consuela es ver lo que disfrutan los chicos en la playa. Juegan como encantadores diablillos. Lo malo es que hay gente tan poco comprensiva que protesta por cualquier cosa. Juanín pescó un cangrejo y al bicho se le ocurrió morderle un pie a un señor que leía el periódico. ¡Cómo se puso! Y una señora que tomaba el sol, porque Martita la tapó toda de arena, se pasó dos horas diciendo que por poco se asfixia. Deben ser personas sin hijos. Sólo una madre o un padre —sobre todo una madre— es capaz de comprender las travesuras de las criaturitas.

### DÍA 15

¡Alcuya! Me he pesado en la farmacia de la esquina y he bajado tres kilos. Y a pesar de que no salgo de la sombrilla se me ha puesto un colorcito bastante mono. Me gustaría que me viera Pepe. Casi, casi, estoy como cuando nos conocimos, hace quince años. Entonces me llevaba a las barcas del Retiro y me decía «chata» en un tono... Lo echo mucho de menos. Si no fuera porque me he hecho el propósito de no escribirle, se lo diría. Pero, después de todo... ¿por qué no decirselo? El orgullo lo dejaré para otra ocasión. Empezaré la carta poniendo: «Mi adorado Pepe...»

C. V.-V.